

HISTORIAR LA EXPERIENCIA. IDEAS SOBRE LA HISTORIA DE AHORA.

Daniel Molina Jiménez¹.

¹Universidad de Salamanca, España.

E-mail: danielmolinahistoria@gmail.com

Recibido: 26 Diciembre 2012 / Revisado: 5 Febrero 2013 / Aceptado: 21 Mayo 2013 / Publicación Online: 15 Febrero 2014

Resumen: El cambio estímulo-respuesta en la sociedad de nuestro tiempo, ha generado una pérdida de valor significativo de la historia. La volatilidad del tiempo ha provocado que el pasado se simbolice. Sin embargo estas condiciones cognitivas pueden ser aprovechadas por el historiador para construir un tipo de historia sobre ahora, entendiéndolo como momento decisivo en el que se forja la experiencia y la experiencia del hecho, infiriendo un tipo de información histórica computada como dato en las fuentes a través del valor de la memoria que, como historia contemporánea desaparecería.

Palabras clave: historia, experiencia, valor, experiencia del hecho, memoria

De qué otro modo entender adecuadamente la carga de la memoria discursiva para librarnos de ella sino porque es la investigación histórica la que nos permite descubrir aquellas conexiones entre ciertas situaciones y ciertas construcciones que nos oprimen? Hayden White. El texto histórico como artefacto literario.

“Conservamos del pasado lo que nos interesa. La selección histórica está dirigida por las preguntas del presente hacia el pasado¹”.

Se trata de un ejercicio de voluntad humana que parte de modo ineluctable de un hecho que lo condiciona todo: el comportamiento humano. La cita del inicio de Verónica Tozzi recogida por Hayden White, en el prólogo del libro, El texto histórico como artefacto literario, expresa

la verdad: los principios que conlleva la ciencia: la investigación y la innovación. Siguiendo lo anterior, el trabajo del historiador supone un ejercicio intelectual en alto grado resultado involuntario, incluso impredecible, de infinidad de iniciativas de historiadores individuales, de la escritura compartida, de historiografías especializadas, de influencias externas de tipo cultural, social, económico, político, etc. La historia no es, para Julio Caro Baroja

“Un juego de abstracciones y doctrinas sino un escenario de mujeres y hombres en constante intercambio y negociación social²”.

Para entenderlo mejor, exponamos el ejemplo del lenguaje: su uso muta, esto es, las palabras crecen, decrecen, se amplían. Los idiomas, la expresión temporal; son pensados; por eso se transforman con el paso del tiempo. Con la escritura registrada del pasado, la historia, ocurre lo mismo: no es un proceso aislado de las circunstancias temporales del presente y de las acciones humanas. Así lo entendieron los grandes paradigmas historiográficos clásicos (Positivismo, Annales, Marxismo, Escuela Cliométrica) y otros enfoques que aportaron nuevos temas, métodos y fuentes y también el postmodernismo que entiende que todo conocimiento es una manera de aprender el relato (sea de la naturaleza que sea).

1. Del Positivismo al escepticismo

Los efectos de las dos guerras mundiales y la incesante especialización y variedad en el seno de la disciplina de la historia, han dejado a ésta en la misma situación de complejidad y de

división en sus objetivos que caracteriza a la vida intelectual contemporánea. Los cambios políticos, económicos y tecnológicos afectaron a la formación de los historiadores y a la historia que se producía en la época contemporánea.

La política del siglo XIX estaba manejada por una élite que controlaba las decisiones y socializaba a las distintas clases. El papel de las clases subalternas arrojadas del Estado no era otro que tratar de asimilar o subvertir ese orden: así surgieron diversos modelos ideológicos de concebir lo político. Las propuestas liberales se substancian en elementos tangibles para conformar los derechos de participación, es decir, el derecho de propiedad era lo que conformaba la capacidad política de existir. Los marxistas entendieron una relación material de la existencia que conformaba un modelo base-superestructura que se manifestaba en un esquema clasista que, el gobierno de la clase proletaria, transformaría a través de la disipación de los modos de alienación política y una nueva identidad conformada en la desaparición de las clases sociales y el Estado capitalista. Los idealistas Hegelianos defendían modelos de sociedad que forjaban una relación con el Estado conforme a las condiciones de un marco reglado jurídicamente.

La economía traía un esquema productivo nuevo: el capitalismo industrial condicionaba un estadio de la evolución y un modelo de progreso – todavía no de bienestar – que las élites pensaron se realizaría en la acumulación del capital. De nuevo, el XIX, trajo consigo interpretaciones diversas y modelos de organización alternativos: el socialismo utópico de Owen y Fourier propugnaron los Falansterios, el liberalismo basó su análisis en un concepto utilitarista de las relaciones económicas que se fundamentaba en elementos del mercantilismo de carácter transaccional. Y, por último, el marxismo insistía en el carácter injusto de la acumulación del capital y la explotación del trabajo a través de la relación que se daba entre los tenedores de los medios de producción y la fuerza del trabajo sobre la que se extraía una plusvalía.

En lo que respecta a la tecnología, la interpretación era unánime: la expansión del capitalismo, del modelo de producción industrial, de la mundialización de la economía, contemplaría un esquema notablemente distinto que alteraría la relación entre la política y la sociedad como así fue.

El siglo XX fue el siglo de la expansión de la tecnología y la economía industrial que ha alterado significativamente el concepto que del siglo XIX se extraía de la sociedad. Ahora, los instrumentos de politización son cada vez más impersonales y el poder solo se puede limitar a mantener los mecanismos clásicos de encuadramiento social, el de las propias instituciones del Estado liberal que, sin embargo, se ve en muchas ocasiones impotente para imponer sus propios criterios o socializar las decisiones que las élites políticas toman. Un ejemplo de ello es la creciente abstención a las elecciones europeas. Por otro lado, todavía los mecanismos supranacionales como la Unión Europea resultan insuficientes para determinar un tipo de ciudadanía política que ya no solo se sustancia exclusivamente en los derechos políticos individuales, ni siquiera en la inclusión en el Estado a través de unos derechos sociales, sino más bien, en las posibilidades vitales que marca el acceso a las redes laborales y de información. Son, por vez primera los contenidos de información real, es decir, los mecanismos que las personas disponen para conformar su existencia social que incluyen por supuesto elementos materiales como un coche o una casa, pero también elementos intangibles como la influencia, el poder, el estatus, las posibilidades de comunicación, la comodidad o el dinamismo, los que forjan su conciencia y determinan su vida como individuos, conforman los grupos y las fisonomías de las sociedades de nuestro tiempo. De igual modo, los instrumentos de participación y difusión de la información han erosionado en buena medida las identidades permanentes y los roles clásicos que se otorgaban desde la familia o la escuela. En nuestro tiempo, más que identidades políticas o sociales, podemos más propiamente hablar de identificaciones, entendiendo por tales las coincidencias coyunturales para alcanzar un determinado objetivo.

Ahora, estas nuevas identificaciones conforman una nueva visión de la política sobre la que prima una politización fundamentada en las prácticas compartidas frente a los mensajes partidistas y orgánicos. A este respecto, el valor de lo político y de las ideologías o más propiamente, el mensaje partidista, se ve desdibujado en favor de un espacio público forjado a través de estrechos márgenes de confianza intersubjetivos de naturaleza constructivista aunque volátiles.

Así las cosas, las relaciones de sociedad conforme a los cambios antes explicados en la política, la economía y la tecnología, son nuevas experiencias de socialización y politización que, a través del espacio del consumo, de la red y del viaje, ahora de carácter global, están trayendo como efecto un desplazamiento de las interiorizaciones de los partidos políticos - hasta hace poco el único medio de difusión de la ideología - y la alteración de las percepciones individuales y sociales de las tradiciones y costumbres, de los espacios compartidos en la sociedad que nació de la época industrial. Hay que atender por tanto, a la relación entre política, economía y tecnología, si bien, las nuevas relaciones de sociedad, están dando muestras del surgimiento de una nueva civilidad a partir de la socialización de la ideología a través de las repercusiones del bagaje de sus experiencias.

El optimismo inicial que prometía una recuperación inminente de la verdad pasada, se ha sustituido por la creencia de que la acumulación de hechos no crea historia entendida como una estructura inteligible y, sin embargo, ningún historiador libre de prejuicios puede ser el notario imparcial e impersonal de una realidad objetiva. Por imperfecta, se concebía a la historia como un acercamiento a la realidad que debía mediar a través de otras disciplinas para conformar una verdad más aproximada a los hechos.

Aun más, el campo de estudio de la historia ha aumentado de forma impresionante, tanto en el tiempo, en la medida que la arqueología y la antropología proporcionaron un mayor conocimiento sobre las épocas más remotas o de sociedades tradicionales en vías de extinción, como en ámbitos de investigación enteramente desconocidos hasta ahora (como la historia económica, la psicohistoria, la historia de las ideas, de las estructuras familiares, etc.), que han emergido y refinado sus métodos y objetivos.

En ese recorrido, es decir, el conocimiento cada vez más exhaustivo de una realidad basada en una idea de progreso conformada en la interdisciplinariedad, los historiadores se han acercado - también cada vez más - a las ciencias sociales como la sociología, la psicología, la antropología y la economía, así como a nuevos métodos y sistemas explicativos. El uso de datos numéricos (historia cuantitativa), por ejemplo, se ha convertido en la forma más aceptada para los estudios económicos y demográficos. La

influencia de las teorías marxistas sobre el desarrollo económico y social permanece en vigor al igual que la aplicación de la teoría del psicoanálisis a la historia. Al mismo tiempo muchos historiadores han prestado gran interés a los fundamentos del conocimiento teórico y están reconsiderando las relaciones entre la literatura narrativa y la historia, lo que reabre la posibilidad de que la historia, después de todo, sea una literatura que trabaja sobre materiales eruditos.

A fin de poder conformar y hacer entender la idea del cambio de la percepción y recepción del pasado, esto es, la relación cómplice entre memoria e historia a partir de una nueva aprehensión sensible de la realidad; debemos apuntar, si bien de forma breve, una reflexión epistemológica de nuestra actividad esbozando la panorámica que subyace esta humanidad con vocación de ciencia a lo largo del tiempo. En todo caso, esa analogía problemática entre hecho histórico y su aprehensión, ha sido historiográficamente definido bajo patrones de objetividad que obedecían o a la veracidad de las fuentes, o a la manera de inferir la información de los documentos por parte del profesional de la historia.

Tanto el positivismo Rakeano, preocupado por la veracidad y por tanto, especializado en el tratamiento de textos primarios, como la historiografía del siglo pasado, centrada de manera esencial y prioritaria en conformar una alternativa derivada, por un lado, del abuso producido por el narrativismo positivista de naturaleza elitista, y por otro, de los grandes análisis políticos que establecen una legitimidad en el presente, no consiguieron escapar de una noción de

“Objetividad histórica [que] puede describirse como un tipo de verdad producida a partir de procedimientos metódicos de reconocimiento relativos a la experiencia del pasado”³.

Aunque los planteamientos de las corrientes historiográficas existentes durante los años que transcurren, de manera muy inicial tras la I Guerra Mundial, y de modo claramente explícito tras el inicio de la segunda posguerra hasta finales de los años setenta supusieron una profunda renovación metodológica y temática frente a la historia positivista dominante hasta entonces, conformándose la escuela de *Annales* (Francia) y el marxismo británico, muy en

contacto con la sociología histórica; dicha transformación no supo escapar de una realización de verdad teórica, permaneciendo por ello ajena a lo que Rüsen define como

“Responsabilidad histórica, [que] puede ser descrita como otra clase de verdad aportada a través de procedimientos discursivos relacionados con la función cultural del conocimiento histórico de la vida social”⁴.

La crítica posmodernista parte por tanto de la base de que toda construcción intelectual se hace en el lenguaje y no solo se refiere a una realidad exterior: tiene también un sistema interno. Ni la realidad, y mucho menos su pretendida objetivación, esto es, la historia, son en sí mismos sistemas transparentes de comunicación de la realidad. Todo el conocimiento está ineluctable e irremediamente mediatizado por la realidad. Filosóficamente entendido, el significado del lenguaje no analítico depende específicamente de algo ajeno al propio lenguaje. Por tanto, la construcción histórica no tendría, en ningún modo, sentido y orientación empírica.

2. El valor cognitivo de la experiencia:

Hoy el Estado no es, o no debería ser, la imagen de un poder absoluto, tampoco la ciudadela de una élite comercial que forja alianzas coyunturales y de conveniencia, sino una estructura legal y política que comporta derechos y obligaciones y que arbitra disputas e intereses contrapuestos.

Pero la historia no ha sido capaz de dar una respuesta eficaz a la naturaleza política de la sociedad democrática, esto es, no ha sido capaz de elaborar un discurso que imponga una significación histórica que conduzca a la superación del carácter voluble del tiempo real. Actualmente, siguiendo la conciencia escéptica, casi cualquier manifestación del pensamiento no se deja separar de su representación verbal y escrita (la condición postmoderna) y eso ha afectado a la percepción del tiempo: Tony Judt afirma a este respecto que

“La idea de que vivimos en una época sin precedentes, que lo que está ocurriéndonos ahora es nuevo e irreversible y que el pasado no tiene nada que enseñarnos, excepto para saquearlo en busca de útiles precedentes⁵”, ha enterrado las expectativas de seguridad que para

las sociedades conformaba el relato histórico⁶. Como ha puesto de manifiesto Hobsbawm, cuando el cambio social acelera o transforma la sociedad más allá de cierto punto, el pasado debe dejar de ser el patrón sobre el que se traza el presente para pasar a ser como máximo un modelo de referencia.

“Esto significa que ha tenido lugar una transformación radical en el propio pasado, que se convierte – y debe convertirse – en una máscara de la innovación puesto que su misión ya no consiste en expresar la repetición de lo acaecido con anterioridad, sino de determinadas acciones que, por definición, son diferentes de las que se produjeron en otra época⁷”.

Por último, Julio Aróstegui ha afirmado que

“Hoy, al comenzar el tercer milenio, nos enfrentamos a la premonición de que comienza una historia que tendrá un tiempo y un tempo nuevos. Un tiempo que no será sino el tiempo real de la comunicación instantánea en la vida cotidiana. Por tanto, lo que está cambiando es algo tan profundo como la producción misma de la historia. La historia es más planetaria por cuanto el acontecimiento y el cambio son transmitidos por la comunicación en tiempo real. La historia se va tejiendo en una trama que los sujetos viven al día, bajo la propia vista. En el tiempo venidero, la Historia, con seguridad, no tendrá que ser necesariamente mediatizada por el documento en la aceptación que hoy le damos, con la necesidad de ser más tarde rescatada como reconstrucción por huellas⁸”.

Hasta tiempos relativamente recientes, el postmodernismo ha otorgado a lo histórico y a la historia como disciplina un valor de relato que se considera como una variante literaria que compartía muchas técnicas y efectos con la narrativa de ficción⁹. Los historiadores estaban sometidos a los materiales factuales y a la veracidad personal, pero, como los novelistas, escribían detallados relatos de los acontecimientos, vivos retratos de los personajes, y prestaban gran atención al lenguaje y al estilo literario. En cualquier caso, las complejas relaciones entre literatura e historiografía han sido y continúan siendo objeto de serios debates, pero ya no tanto a propósito del discurso sino del valor imaginativo, creador

que comporta la literatura y que sirve a la historia como conformador de un impulso forjador y narrativo para elaborar una interpretación significativa como ha puesto de manifiesto numerosos autores¹⁰. Sin embargo, esta relación no debe alterar la recepción de la historia que, para Hobsbawm implica que

“El pasado es, por tanto, una dimensión permanente de la conciencia humana, un componente obligado de las instituciones, valores y demás elementos constitutivos de la sociedad humana¹¹”.

Además, existe otro problema más importante y de consecuencias poco previstas: con las nuevas tecnologías (el flujo de la red), la historia ha perdido su valor de continuum y explicativo para producir valor simbólico o mediático. La recepción de la historia se des-historia producto del valor de la información como cimiento material de la nueva sociedad. Un valor continuo que hace perder peso al pasado como marco referencial del presente. ¿En qué sentido? Pues por ejemplo, en la pérdida de receptividad de la sociedad frente a su tiempo, la imposibilidad de distinguir nítidamente la divulgación frente al prestigio o las tradiciones humanas o universitarias. Un ejemplo rotundo de este último caso es, frecuentemente, considerar lo extranjero como un valor superior frente a lo propio. Es por lo tanto, un error tener como premisa que, en España no existan prestigiosos escritores, lectores, funcionarios, actores, médicos, jueces, abogados, políticos, científicos de las ciencias sociales o historiadores como pueda suceder en cualquier otro país. Hobsbawm ha explicado que el deterioro de la recepción del pasado se produce por diversos motivos:

“Se la puede disfrazar de regreso o redescubrimiento de una determinada época del pasado que ha sido dejada de lado o relegada al olvido por equivocación, o inventado para ello un principio antihistórico dotado de una fuerza moral superior que exigía la destrucción del continuum presente/pasado, como pueda ser, por ejemplo, una revelación de un tipo religioso o una profecía¹²”.

Una de las consecuencias del cambio de recepción de la historia, es afirmar que, dentro de la crisis en que se hallaría su epistemología,

el tiempo vital e histórico mantienen una repentina aceleración producida por el auge o, mejor, el despliegue de los medios de comunicación masivos. Se afirma también, a menudo, que el mundo vive atrapado en una espiral de odio entre sociedades o civilizaciones que no hacen sino corroborar la impresión de que vivimos tiempos únicos y que, precisamente, por su carácter melifluo, hay que atrapar, definir, clasificar, catalogar, en definitiva, elaborar etiquetas donde envasar pedazos de vida como si de una colección de microfilms fuera. No es así. El tiempo no es un envase, ni un recipiente, como si se tratara de un contenido con forma previamente establecida, denominada impropriamente performance por la sociología discursiva¹³. Lo que pasa es que nos hemos acostumbrado a vivir bajo la presión mediática que fabrica eventos y que los distribuye convenientemente. La fabricación es conocida de sobra. En la historia hay ejemplos variados de sucesos que han sido determinados previamente para forjar un tipo de consecuencia deseada. Desde Solón a Trajano, de Carlomagno a Napoleón, de Hitler a Felipe González, todos han sido protagonistas de curiosos acontecimientos que, entre sus pares, por supuesto, daban por descontado. Sin ir más lejos, por citar solo el último caso; en el PSOE todos los socialistas daban por hecho en 1974 que Felipe González iba a ser el Primer Secretario, entre otras cosas, porque el aparato, dirigido ya por Alfonso Guerra, entre otros, desde 1972, no dejó que se presentara nadie más. Fue una refundación en toda regla. De igual modo, todo el mundo daba por descontado que, tras el fiasco electoral de 1979, tras el conveniente rapapolvo de Suárez, el PSOE tenía que abrir una cortina de humo para, realmente apartar de los puestos dirigentes a todos aquellos que entorpecían la marcha natural del partido hacia el espacio que, precisamente, ocupaba Suárez. Por este motivo, fabricaron una gestora en la que, González y Guerra, cambiaron el sistema de elección de los delegados.

Lo que ya no es tan conocido, y esta es la única novedad, es el espacio y el ritmo de la distribución de los acontecimientos previamente conocidos. Internet, objetivamente, ha multiplicado las posibilidades de información, pero también ha reducido de un modo incalculable las posibilidades de la comprobación. Y es entonces cuando cunde la sensación de desasosiego, de desorientación, de desequilibrio, de inestabilidad e incluso, de colapso. La multiplicación casi infinita de

plataformas, no altera en sí misma a los acontecimientos, que son los mismos, lo que se transforma es la recepción que los demás hacemos de los mismos. Un mismo suceso distribuido de distintas formas, puede parecer cosas distintas a personas que, objetivamente, han visto exactamente el mismo acontecimiento. Y, al revés, un mismo acontecimiento distribuido solo en una plataforma, genera una impresión que no tiene por qué ser real. Estamos por tanto, no ante un problema de aceleración, sino de objetividad. Es el espacio de difusión lo que se ha ensanchado y, por lo tanto, el número de acontecimientos que se proyectan. Pero no los acontecimientos mismos. El tiempo, por supuesto, tiene un soporte y, ese soporte, solo puede ser histórico.

De manera que tenemos la sensación de estar viviendo en una suerte de presente continuo en donde nos resulta difícil establecer gradaciones y jerarquizaciones sobre un tiempo que percibimos no a través de referencias históricas sino mediante la información que, sin contar con el pasado, simbolizamos, o dejamos pasar sin criterio aparente. Sufrimos una transformación en la recepción. Se han ampliado la descontextualización y el aislamiento. Como ha explicado Hobsbawm

“Por lo general, la creencia de que el presente debe reproducir el pasado se traduce en un proceso de cambio histórico de ritmo bastante lento, ya que, de lo contrario, ni sería realista ni lo parecería, excepto a costa de un enorme esfuerzo social y de la clase de aislamiento al que antes nos hemos referido. Mientras sea posible asimilar el cambio – demográfico, tecnológico o de cualquier otro tipo – de una forma gradual, incrementándolo poco a poco, por así decirlo, el pasado social oficialmente aceptado estará capacitado para asimilarlo bajo la forma de una historia convertida en mito y quizá también en ritual, bien sea mediante una modificación táctica del sistema de creencia, bien ampliando el marco ideológico o de cualquier otro modo¹⁴”.

Además, este ambiente pesimista viene propiciado por resultados historiográficos insuficientes para los propios historiadores¹⁵ que no es exclusivo del postmodernismo (que podemos calificar como la etapa manierista de un barroco historiográfico). Numerosos autores de distintas escuelas y paradigmas han

manifestado también su parecer. Tony Judt de nuevo, es la expresión más reciente de este problema:

“La creencia de que eso era entonces y esto es ahora; la creencia de que todo lo que teníamos que aprender del pasado era no repetirlo, se ha roto definitivamente. Es la quiebra del juicio valorativo entre medios y fines: “La historia tradicional, tal como se enseñó a generaciones de escolares y estudiantes, daba significado al presente por referencia al pasado: los nombres, los lugares, las inscripciones, las ideas y alusiones de hoy podrían ubicarse en una narración memorizada del pasado. Este proceso se ha invertido. El pasado ya no tiene una forma narrativa propia. Cobra significado solo por referencia a nuestras presentes y frecuentemente conflictivas inquietudes¹⁶”.

Inquietudes en cualquier caso que no se rigen por criterios históricos o por referencias sobre el pasado, sino sobre consideraciones valorativas de nuestro presente. Esto supone que en el presente, el pasado ha dejado de suministrar a la existencia valores significativos para orientarse en el tiempo.

De manera que se ha producido una quiebra en la interpretación temporal de los hechos, porque se ha transformado el modo de percibir el tiempo. Partiendo de este problema, nos tenemos que preguntar si esto también puede afectar al modo de hacer historia, y, si además, podemos producir algún tipo de significación histórica sobre el tiempo percibido que es volátil. Sufrimos, como en cualquier profesión intelectual, las consecuencias de la propaganda fundamentada en modas. Por ello, el trabajo del historiador debe basarse en la disciplina y en conocer la distancia que existe entre un discurso sin recurso del método, intelectualizar continuamente lo científico, asumir limitaciones en el acceso a la información (especialmente en la búsqueda y en el análisis), y, prestar atención a las *majestas* o soberanías intelectuales que existen en cualquier profesión.

Para establecer una significación histórica partiendo de la experiencia, la única manera es tener presente – como variable que condiciona lo que estamos interpretando en las fuentes – las condiciones culturales, científicas, morales, económicas o políticas en que se desarrolla ese

acontecimiento. Como ha escrito E.P. Thompson

“Dentro del ser social tienen lugar caminos que dan lugar a experiencia transformada: y esta experiencia es determinante, en el sentido en que ejerce presiones sobre la conciencia social existente, plantea nuevas cuestiones y proporciona gran parte del material de base para los ejercicios intelectuales más elaborados¹⁷”.

Como esas condiciones sociales son altamente mutables, tenemos que aprender a pensarlas históricamente para otorgar un valor significativo a los hechos, esto es, convertir el tiempo experimentado en material histórico. Todo ello, asumiendo declaraciones como actitudes reconocidas en la historia pero también siendo conscientes de las propias responsabilidades, lo cual implica, administrar el sentido de lo pasado en el presente. Al fin y al cabo, si queremos establecer una significación substantiva de los hechos a partir la experiencia, tenemos que contar con todas esas variables. Datos, en definitiva, que no encontramos en el mero ejercicio de recoger la información histórica en las fuentes, sino que son datos de experiencia, datos, por así decir, de conciencia epistemológica que tenemos que tener presente o, mejor, traer al presente, para hacer una historia de ahora, puesto que, esas variables, como información histórica, además de estar ausentes en las fuentes de manera inmediata, no se pueden captar como historia continuada o latente. La experimentación del tiempo lo único que configura es un determinado contexto de recepción, que no es más que la memoria de un determinado objeto de estudio. La moderna *Rezeptionstheorie* que busca, en principio, recuperar un aspecto, si bien bastante formal de la historia frente a la pura objetivación del texto, tal como pretendió la crítica más o menos estructuralista, olvida que la recepción es un fenómeno condicionado no solo a los valores estéticos e incluso textuales, sino por toda una serie de componentes que integran la vida del receptor y de los que surge su peculiar sentido histórico y sus múltiples posibilidades de interpretación. Nuestro tiempo tiene como principal propiedad lo efímero de los hechos en relación con la formación de la conciencia personal. Otorgar validez substancial a los cambios, incidir en la importancia de los factores o circunstancias en que se inscribe un

acontecimiento, observar las percepciones de los actores en relación con el presente y el pasado, son aspectos que solo puede captar la experiencia (y que, por supuesto, pueden rastrearse en las fuentes)¹⁸.

La historia sobre ahora está determinada en torno a un dispositivo conceptual y metodológico que comprende dos grandes elementos: El sujeto y la memoria. El sujeto en la medida que es una historia vivida personalmente y la memoria como propiedad cognoscitiva de la experiencia del hecho que se sustancia en las fuentes e implica una demanda de significado, esto es, la inteligibilidad, entendida como relevancia o valor de unos hechos sobre otros y el rastreo sosegado y selectivo de los acontecimientos como principal motor narrativo sobre el que establecer los procesos relevantes. Como ha explicado Emilio Lledó

“La memoria no sólo es una facultad que almacena informaciones. La memoria constituye, crea, estructura la sustancia de la historia y, por supuesto, de la historia personal de cada autor¹⁹”.

En todo caso, historia de ahora, no es equivalente a la contemporaneidad puesto que muestra un intervalo temporal en la que se ha ido gestando la modernidad o la existencia vital, contempla más que una edad o un periodo cronológico, un régimen de historicidad particular, el del propio historiador. Debe indagar con miras a la racionalización de la acción humana en el tiempo. Puede proponer un hilo conductor, interpretar el acontecimiento y darle una densidad. Es decir, aporta legibilidad social a las decisiones y prácticas económicas y políticas, entrevé los cambios y las continuidades situándose en la encrucijada de lo estructural y lo coyuntural.

Da dimensión histórica a lo que estamos viviendo permitiendo reconstruir la complejidad que está en su origen, de esta manera

“Se descubren los ejes fundamentales que han vertebrado al pasado inmediato que ya desapareció y al presente que existe ahora²⁰”.

El objetivo es por tanto, entender la experiencia como dato que orienta las interpretaciones de las fuentes de cara a la elaboración de un discurso

histórico de las mismas. Entender que, en la experiencia personal hay datos históricos que condicionan la interpretación de las fuentes, datos que solo son captados en la experiencia a través de la vivencia en ese tiempo presente y que, para alguien que no está presente, desaparece como información histórica. Se trata por tanto de redactar una historia que lleve a una interpretación de los hechos partiendo de un momento vivencial – ahora –, como un momento decisivo que añade información histórica que es captada en ese instante y que aporta una interpretación histórica partiendo de la memoria como experiencia cognitiva que afecta a la construcción del discurso histórico.

¿Interpretar los acontecimientos para qué? ¿Cuál es el valor cognoscitivo de la experiencia del hecho? Utilizamos para ello tres elementos que aportan sentido a los hechos históricos en relación con su percepción y que pueden conocerse o advertirse desde el presente.

Se trata de principios reales desde la vida, vienen determinados por el tiempo. VALOR, FINALIDAD, SIGNIFICADO.

VALOR: Es la determinación, la estructura significativa de la vivencia en el presente. Cualquier acontecimiento tiene un valor. Cualquier espacio público o geográfico tiene y adquiere un valor que puede ser económico, moral, político, social, cultural, laboral, etc. El valor de una experiencia, puede ser captado a través de la interacción con el mismo, es decir, partiendo de la experiencia del hecho y poniéndola en relación con concepciones de la existencia personal.

FINALIDAD: Es el modo de definir el sentido de las cosas en el futuro. La apreciación o el conocimiento de una vivencia puede ser el fin. Puede que el valor del presente no sea su finalidad. Solo podemos aprehender su sentido cuando la acción haya finalizado.

SIGNIFICADO: Significado de las vivencias. Supone la aprehensión del sentido de las cosas en relación con el pasado, es aprehendido desde el recuerdo.

La naturaleza de lo pasado es, en todo caso, la que mejor manifiesta la construcción personal que el hombre hace de la experiencia del tiempo²¹. Esa experiencia empieza justamente con la propensión a buscar un desarrollo y unos límites al propio tiempo de los hechos o los

acontecimientos, sustanciándolos en procesos²². Julio Aróstegui afirma que lo importante es que

“Al hablar del presente se haga siempre desde su debida relativización, desde su remisión a la percepción de los sujetos que lo viven: quienes lo viven delimitan su presente y nadie vive un tiempo que no sea el presente, mientras que el propio pasado queda aprehendido en él²³”.

Lo que contempla la historia de nuestro tiempo es una redimensión reflexiva del presente existencial. Ponemos un ejemplo que ha sido ampliamente debatido en la historia contemporánea.

3. La conciencia epistemológica

José Luis Pinillos define la conciencia como evidencia de la realidad que se eleva al plano de la libertad y de la responsabilidad de la vida del hombre. Inmersa, desde luego, en el seno de la historia, esta conciencia es la forma suprema que alcanza el proceso de subjetivación que el cerebro del hombre hace posible, pero no lo agota. Fundada en él, pero abierta a la cultura, la conciencia humana presenta lo peculiar de conocer su origen y a la vez de saberse en cierto modo no derivada y sustantiva, esto es, capaz de reobrar sobre sus propios fundamentos como reflexión personal²⁴.

Aprender el significado substancial de las épocas. Retener, olvidar y recordar son procesos que tienen lugar en el oficio del historiador. La redacción del discurso histórico en nuestro tiempo, supone tener presente que la memoria y la experiencia adquirida del hombre son parte de su historia y de su formación. Emplear la experiencia como una mera habilidad – y toda técnica memorística es un ejercicio de este tipo – solo reconoce las propiedades funcionales del objeto. La esencia de la experiencia (los conocimientos, los saberes y los afectos) estriba en su formación significativa: la experiencia adquirida debe ser educada históricamente puesto que los estímulos y las necesidades no son establecidas regularmente a través del conocimiento reglado sino conforme al acontecer vital. Si toda experiencia se produjera como algo inmutable, cualquier máquina podría establecer una sentencia judicial y no necesitaríamos jueces, cualquier ordenador podría escribir un poema, cualquier comportamiento humano sería normal y no necesitaríamos psiquiatras, cualquier base

de datos establecería una ordenación lógica de las fuentes desapareciendo los historiadores. Las personas, de modo natural, retienen y olvidan en función de su interacción con la realidad significativa: Se quiere guardar en la memoria unas cosas (la fecha de un cumpleaños), mientras se prefiere excluir otras (la fecha de un cumpleaños) por motivo de una discusión. En la conducta de las personas se trata de un ejercicio tan aleatorio que es imposible comprenderlo como dato empírico por ser fenomenológico. La experiencia es un fenómeno humano dilatado en el tiempo, aunque no siempre se ha entendido como un rasgo esencial del ser histórico del hombre a través del acontecer vital: ¿Qué acciones generan relaciones a lo largo del tiempo? ¿Qué compromisos fundan las solidaridades? Todo ello implica estudiar el significado substancial y el significado latente de los hechos. La forma de transmitir el significado substancial o el significado latente ha sufrido transformaciones.

Para adquirir una experiencia significativa, hay que estudiar cómo se muestran los objetos con su entorno inmediato (propagado), esto es, establecer características o información histórica para poder precisar las causas de los hechos. Sin integrar información histórica resultan inmediatos. Integrar comportamiento establece esencia histórica a un relato elaborado periodísticamente o creado mediante cualquier relación causal significativa. Algo, lo que sea, cualquier emoción, acción, transmisión de conocimiento o expresión de afecto es una respuesta concebida por una decisión consciente: Tirar un papel al suelo, cabrearse por pegar un cartel para un evento, mostrar silencio o ruido para proteger a una persona, son acciones que sin duda están en un determinado contexto (profesional, afectivo, proyectado, etc). Información histórica que solo puede ser aprehendida a través de la experimentación del contexto. Esto también incluye las propias concepciones del pasado que determinan el comportamiento histórico en un determinado hecho: ¿Qué pasado está presente en un momento cualquiera de la existencia? ¿Qué contexto determina más un hecho histórico que otro? ¿Por qué? Esta reflexión general puede ser aplicable en todos los ámbitos de la vida humana: en la cultura, en la economía, o en la ciencia. La educación histórica del contexto experimentado (reprimido o integrado), es una de las más importantes tareas del historiador de hoy.

Estudiar significativamente el pasado exige, sin ningún tipo de duda, un conocimiento experimentado sobre las dimensiones que comprende. Escribir, implica tener el dominio de la experiencia. El paso inmediato es el instrumento comunicativo, el habla o los lenguajes. Mucho se ha debatido y polemizado sobre los orígenes y transformaciones de la expresión verbal. En este sentido, es interesante la reflexión de filólogos y antropólogos, pero también de científicos y otros profesionales. Las cuestiones planteadas son relevantes: ¿Qué grupos son los que hablan de modos diversos? ¿Son grupos étnicos, grupos sociales, grupos laborales? ¿Podemos captar significativamente la transformación del lenguaje conociendo las variables socio-políticas? En fin, todo esto es información que puede ser captada a través de la aprehensión significativa de ese presente a través de la experiencia utilizada como propiedad de la historia que comprende reconocimiento histórico.

Existen diferencias en el habla de manera experimentada: Históricamente, muchas expresiones son términos agrupadores o conceptos sociales: derechas, movimiento obrero, penenes o zona gris; además, podemos encontrar otro tipo de conceptos irreales o falsos, es decir, que no demuestran lo que definen; el dominio de la experiencia: memoria histórica, realidad virtual y globalización, pero sí tienen lugar de hecho en la existencia, en el habla real, en la calle, pueden incluso fundar experiencias no explicitadas por los acontecimientos experimentados.

Todo ello debe ser tenido en cuenta, mediante una conciencia epistemológica en el ámbito de la experiencia real que establece conocimiento por medio de la memoria como propiedad adquisitiva. La conciencia epistemológica es capaz de aportar y suministrar indicadores de conocimiento científico que traten de evitar errores y plantear hipótesis más decisivas. La experiencia adquisitiva trata de mostrar la verdad científica, esto es, comprender que no existe un control absoluto de las variables. La competencia de entendimiento de la expresión de la experiencia residirá en hacer los hechos previsible para aportar inteligibilidad – lo que Tony Judt denomina como lo plausible - a la existencia del ser humano en su tiempo de ahora, en nuestro tiempo.

Lo anterior se aprecia claramente en la validez de los conceptos a través de su habituación por

el entorno experimentado y adquirido. Un breve ejemplo: Tomamos algunos términos: “amable”, “consumista”, “tolerante” e “intransigente”. Todos son metafísicos, eluden significación concreta y solo pueden ser delimitados a través del contexto que, en principio, es indefinido. Pero además, dichos conceptos tendrían distintas variables éticas tomando distancia del ambiente profesional, el contexto social empleado y la cultura cívica en el que se desarrollan. Captar los cambios significativos de esos contextos es una manera bastante efectiva de aprehender las experiencias (y establecer significaciones históricas). Pueden además ser incorporados o descartados según transcurran las respuestas adaptativas de las personas. En todo caso, en un primer momento, para aprehender y delimitar su transformación o permanencia hay que tener en cuenta su intensidad, trabajo que ha de desarrollarse con pretensión científica desde el ámbito inmediato del periodismo. Porque es el periodista por estar en contacto inmediato con el ambiente en el que se desarrolla el hecho de la experiencia el que mejor puede captar la connotación inmediata de lo que sucede y convertirlo en material informativo. La competencia de entendimiento de los conceptos consiste en delimitar o determinar su extensión, esto significa, establecer un relato individual o personal por parte del historiador. Extensión, que incluye la experiencia adquisitiva de la relevancia otorgada a los contextos.

Además, convendría tener en cuenta la multiplicidad de conceptos y de “sociolectos”. o niveles del lenguaje hablado, tal y como son realmente usados por los distintos estratos, grupos, partidos o clases sociales.

Todos estos conceptos fundamentales, y otros muchos análogos, tienen en común que, temporalmente hablando, ya no se apoyan únicamente en las experiencias que reflejan. Por el contrario, más bien pretenden alguna clase de cambio en el sentido social, político o cultural. Como es obvio, cuando esto sucede los problemas planteados no están resueltos, sino que simplemente son reformulados y redefinidos para los nuevos tiempos. Y no lo es menos que detrás de estas redefiniciones o formación de nuevos conceptos subyacen siempre diversos problemas extralingüísticos. Dicho de otro modo: muchos conceptos contienen una carga de expectativas políticas que pueden captarse en el presente.

Competencia de entendimiento en nuestro tiempo de ahora, no es una noción positivista de subjetividad, es decir, aquella que se sustancia conforme a una visión proyectiva del tiempo, que en realidad se realiza mediante un camino empírico determinado por un enfoque guiado por medio un paradigma teórico al que superar. Como ha explicado Julio Aróstegui

“El fundamento último de una historia del presente reside en la posibilidad de existencia de un discurso histórico en el que el historiador busca y encuentra la imagen o el reflejo colectivo de su experiencia vital²⁵”.

La competencia de entendimiento se entiende como la forja de una dirección epistemológica, que, aunque suene pretencioso, se sustancia en tres ideas clave: la conciencia que supone mi socialización, qué soy yo, el estilo que se sustancia en los conocimientos, saberes y afectos y el constructivismo, es decir, la idea de proceso en la historia frente proyecto o el acontecimiento. E.P. Thompson explica que, en la historia, siendo conscientes del valor del ser social, y aplicando la experiencia, los análisis históricos debieran tener presente que la guía no está en un determinado paradigma sino en una búsqueda consciente de hechos como que los acontecimientos, los procesos y hechos históricos como las categorías de la movilización cívica, el asociacionismo son válidos para el análisis de una cultura política de la clase obrera clásica, pero resultan inadecuadas e ineficaces para la sociedad de los años 70.

“Al cambiar los conceptos deben cambiar también las categorías del análisis²⁶”.

Esa es la tarea de la competencia de entendimiento, otorgar un valor significativo conforme a la mediación entre experiencia y experiencia del hecho. Ronald Fraser definió un tipo de experiencia o conocimiento que se basa en

“La experiencia [que] sustituye a subjetividad [porque] el campo del subconsciente socio cultural trasciende la transferencia consciente entre la experiencia como conocimiento y la experiencia como capacidad de comprender y actuar²⁷”.

Y es aquí donde la memoria y la historia pueden llegar a representar un valor de verdad en cuanto

a su significación. Wilhelm Dilthey abogaba por la necesidad de una fundamentación teórica del sentido de nuestra vida, para ello, deberíamos, según este autor, recurrir a la historia. Se hace necesaria una comprensión de las ciencias humanas, entendiendo éstas como una operación inversa al curso mismo de la acción. Un convivir perfecto está ligado a que la comprensión marche en la línea del acontecer mismo²⁸. Como ha puesto de manifiesto Julio Aróstegui

“Quizá podría aún profundizarse en la idea de una pertenencia de experiencias al presente, haciéndola depender no ya de un mero punto de vista, sino de las formas que adquieren en la memoria las configuraciones de la experiencia personal o colectiva, de la persistencia y la transmisión de tales experiencias. En algún sentido, el presente puede entenderse también como producto de una decisión y siempre, en todo caso, como configuración y ordenación propia de la memoria, lo que pertenece a la conformación más profunda de la personalidad²⁹”.

Conclusión

La nueva realidad que se abre al entender la experiencia como un valor cognoscitivo para el estudio histórico, es decir, como material sobre el que ha de interpretarse nuestro tiempo, acorde a los condicionamientos de la sociedad, es amplísima.

Aquí, hemos analizado algunas consideraciones que tienen que ver con la aprehensión histórica del presente utilizando la memoria entendida como propiedad cognitiva aplicada a la historia. En este sentido, presentamos aspectos a tener en cuenta como el valor histórico o epistemológico del tiempo, del espacio, la relación entre ficción y realidad, así como la relación que se da entre la percepción del pasado y el comportamiento presente, la captación de variables económicas, políticas, morales o sociales, la mutación de los conceptos, el cambio de los contextos y la inserción de información histórica... Todo ello son aspectos que intervienen en el presente y que se configuran como información histórica aprehensible en un momento de la existencia personal.

Todo ello está relacionado con la pérdida de peso para la existencia presente del pasado y la percepción del presente como un tiempo acelerado y por tanto difícilmente aprehensible. En este sentido, la historia que está presente,

tendría como objetivo la formación de significaciones históricas de un presente volátil y continuo. Trata de presentar significación utilizando la experiencia como dato histórico, es decir, como material que puede ser aprovechable para la interpretación de las fuentes que, de otra manera, situándonos fuera de la experiencia del hecho, resultaría imposible puesto que esa información histórica desaparecería.

En todo caso, todas estas transformaciones tecnológicas exigen al propio historiador un cambio de actitud que propicie en sus investigaciones una competencia de entendimiento: historiar la creación y transformación de identificaciones frente a las identidades, localizar la intensidad de los discursos, delimitar capacidades (morales, históricas, informativas, éticas, políticas) a través de comportamientos, establecer énfasis y prioridades en las acciones, otorgar una jerarquía de valores a través de las acciones, tener en cuenta motivos consuetudinarios (el hecho histórico y su observación...), analizar el cambio en el espíritu de las leyes, esto es, analizar si éstas tienen un carácter delimitador o implican una acción, (como por ejemplo seguir la evolución de la idea del derecho a la propiedad, o la naturaleza política del funcionamiento de las instituciones, o la demanda por concebir o regular espacios y tiempos comunes), o recogen una evolución material, como es el caso de la forma de naturalizar el progreso, esto supone por ejemplo: analizar las tradiciones de solidaridad a lo largo del tiempo, etc. Son algunos de los retos futuros de la historia de la expresión de la experiencia en este siglo XXI.

Notas

¹ ARON, Raymon. *Dimensiones de la conciencia histórica*. Madrid, Tecnos, D.L. 1962, pág. 19.

² CARO BAROJA, Julio. *Género biográfico y conocimiento antropológico*, Madrid, Caro Raggio, 1986, pág. 80.

³ RÜSEN, Jörn. “Responsabilidad e irresponsabilidad en los estudios históricos. Una consideración crítica de la dimensión ética en la labor del historiador”. *La(s) Responsabilida(es) del historiador*. Alcores. Revista de historia contemporánea, nº 1. Año 2006, pág. 31

⁴ *Ibidem*.

⁵ JUDT, Tony. *Sobre el olvidado siglo XX*. Madrid, Taurus, 2008, pág. 31.

⁶ Eric Hobsbawm ha escrito sobre la responsabilidad de los historiadores que “la historia no es una

memoria atávica ni una tradición colectiva. Es lo que la gente aprendió de los curas, los maestros, los autores de libros de historia y los editores de artículos de revista y programas de televisión. Es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen y que consiste ante todo en permanecer al margen de las pasiones de la política de la identidad incluso si las comparten". HOBSBAWM, Eric. *Sobre la historia*. Barcelona, Crítica, 1997, pág. 20.

⁷ IDEM, *Sobre la historia...* pág. 27.

⁸ ARÓSTEGUI, Julio. *La historia vivida*. Madrid, Alianza 2004, pág. 59.

⁹ Para Hobsbawm "el problema del rechazo sistemático del pasado solo surge cuando se admite que la innovación es a un tiempo inevitable y aconsejable desde un punto de vista social: es decir, cuando es sinónimo de progreso. Esto plantea dos cuestiones distintas: cómo se llega a reconocer y legitimar la innovación como tal innovación y qué forma asume la situación derivada de ella (es decir, cómo se formula un modelo de sociedad cuando el pasado ya no puede proporcionarlo)". *Sobre la historia...* pág. 30.

¹⁰ Emilio Lledó ha manifestado el valor imaginativo de la creatividad: "La subjetividad creadora, la consciencia, es sobre todo reflejo de los modelos sociales y de las instancias naturales que delimitan la sociedad. Por consiguiente, en la transmisión de esa cultura, en la interpretación que de ella hacemos, ha de estar presente de alguna forma su presente, que no es otro que ese esquema social que articuló, en su tiempo, todos sus productos". *Días y libros...* pág. 92.

¹¹ HOBSBAWM, Eric, *Sobre la historia...* op. cit. pág. 23.

¹² *Ibidem*, pág. 25.

¹³ Algunos ejemplos de la formación de un contenido a través de un recipiente son: BAUMAN, Zygmunt. *Modernidad líquida*. Enrique Gil Calvo, Antón Losada, Javier Pérez Royo, Francisco Sosa Wagner, etc. El discurso de estos profesionales de distintas disciplinas consiste en recoger de ante mano una visión de los hechos y adaptarla, ponerle forma.

¹⁴ HOBSBAWM, Eric, *Sobre la historia...op. cit.* págs. 25-26.

¹⁵ Santos Juliá explica que en España no ha surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo. "Todo lo más que aquí podemos hacer o, en todo lo que hemos hecho, es asimilar mejor o peor corrientes que han tenido su origen en otras latitudes: somos rápidos, muy a menudo esquemáticos y no raramente ignorantes en la crítica de lo que otros hacen y tendemos a superar, antes de practicarlas, corrientes que en otros países, otras comunidades académicas, han dado resultados apreciables". JULIÁ, Santos. *Historia social / sociología histórica*. Madrid: Siglo XXI, España, pág. 3.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 16.

¹⁷ *Miseria de la teoría...* pág. 20

¹⁸ E.P. Thompson ha insistido en la función cognitiva de la experiencia como forjadora no solo de

conocimiento sino como creadora de elementos o categorías cognitivas propias. El historiador marxista ilustró esta afirmación a través de un ejemplo: "si suponemos que las malas cosechas y las hambrunas son producidas por los castigos que Dios nos envía por nuestros pecados, entonces no podemos refutar esta explicación apelando a sequías o heladas tardías o plagas, pues Dios podría haber elegido estos instrumentos para castigarnos. Debemos quebrantar las viejas categorías y construir otras nuevas antes de poder explicar el dato empírico que siempre ha estado ahí". *Miseria de la teoría...* pág. 63.

¹⁹ LLEDÓ, Emilio. *El surco del tiempo*. Barcelona: Crítica, 2000, pág. 28. En la página 120 sustancia Lledó el proceso de ordenación cognitiva de la experiencia como una Hermenéutica: "La originaria inmovilidad de la letra se opone a esa movilidad de la mente que analiza y libera lo que la escritura le presenta y lo convierte en algo que, por la manera en que ha sido aprendido, puede transmitirse como la vida".

²⁰ SOTO GAMBOA, Ángel. *Historia del presente: Estado de la cuestión y conceptualización*. HAOL, Núm. 3 (invierno 2004), págs. 101-116.

²¹ Emilio Lledó ha puesto de manifiesto que "la lectura del pensamiento pasado, más que una lectura de hechos como fundamentalmente se está realizando tiene que ser una lectura de sentidos. Al apoderarnos de los sentidos de estos hechos, con estos hechos se nos enriquece la experiencia con las aventuras intelectuales de estos hombres.". LLEDÓ, Emilio. *Palabras entrevistas. 37 conversaciones*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997, pág. 119.

²² John Lewis Gaddis en relación con las experiencias temporales distingue entre el presente que sería la congelación de relaciones entre continuidades y contingencias; las continuidades que suponen modelos que se extienden en el tiempo y contingencias que son los fenómenos que no se constituyen en modelos puesto que no caen en el dominio de la experiencia repetida y nos enteramos de ellos una vez que han pasado. LEWIS GADDIS, John. *El paisaje de la historia*. Barcelona: Anagrama, 2002, pág. 53.

²³ ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida*. Madrid, Alianza, 2003, pág. 57.

²⁴ PINILLOS, José Luis. *Principios de la psicología*. Madrid: Alianza editorial, 1987, pág. 105.

²⁵ ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida...op. cit.* pág. 48.

²⁶ *Miseria de la teoría...* pág. 147.

²⁷ FRASER, Ronald. "La historia oral como historia desde abajo". *Revista Ayer*, nº12. 1993, pág. 89.

²⁸ DILTHEY, W. "Esbozos para una crítica de la razón histórica. Primera parte: vivencia expresión, comprender". (1910?), en DILTHEY, W. *Dos escritos sobre hermenéutica*. Madrid: Istmo 2000. pp. 185-187.

²⁹ ARÓSTEGUI, Julio, *La historia vivida...op. cit.* pág. 85.